

Mi padre me llama Melindres, a mí no me gusta, pero él siempre me dice que, con el pequeño cuerpo que tengo, con mis piernas que se parecen a las patas de las cigüeñas y mi poco apetito, no puedo llamarme de otra forma.

En el pueblo me llaman también así. La única persona que no lo hace es la maestra. Ella sí que me respeta y me llama Pedro que es mi nombre de pila. Yo se lo agradezco dándole las gracias y ella siempre me repite que no hace falta que le dé las gracias. Es con la única persona del pueblo con la que me encuentro cómodo y muy satisfecho de que sea mi maestra a quien también considero mi amiga.

Hoy he tenido un día muy pesado. Hacía mucho calor y me he ido a bañar al río. Me he encontrado con los muchachos del pueblo que, enseguida, me han gritado: dónde vas Melindres ¡no te echas al agua que los lucios se te van a tragar!

Me han arruinado el baño. He dado la vuelta y marchado a casa. Seguía haciendo mucho calor y lo único que se me ha ocurrido es con la manguera de regar el patio darme un refrescón. El calor se me ha bajado.

En ese momento ha llegado mi padre, borracho como tantas veces llega. Desde que murió mi madre muy a menudo viene borracho. Va diciendo que, aunque mi madre era muy enclenque y poca cosa, a él le servía para desfogarse como hombre y para tener la comida en la mesa. Que no la quería para nada más.

También va diciendo que el hijo que le ha dado ha salido tan enclenque y flojo como ella.

A mí me da mucha pena oírle decir eso y trato de no escucharlo. Lo malo es que, algunas personas que frecuentan la taberna en el pueblo, se lo han contado a sus hijos y estos me lo echan en cara a mí.

—Y yo ¡qué tengo que ver!

Procuro no discutir con ninguno porque sé que soy enclenque y que me darían una gran paliza si me enfrentara a ellos. Un día, cuando estaban diciéndome eso, se le ocurrió decir a uno que la única que me respetaba era la maestra, que si es que yo le hacía algo a ella para que eso ocurriera.

Yo no le contesté y me fui corriendo a casa oyendo como gritaban todos: ¡Cobarde! ¡Pringao! ¡Enano! Ya no volveré con ellos porque buscarán la forma de pelearse conmigo y yo no quiero que llegemos a eso.

Cuando me he secado un poco, después del refrescón, he subido a la habitación y mi padre estaba completamente desnudo sobre la cama. Huele a vino que apesta. Le miro de cerca y no parece que respire. Entonces cojo una de sus manos y la levanto. No hace ningún movimiento ni ofrece resistencia, solo cae por su peso. Debe de estar muerto. No respira ni mueve nada de su cuerpo. Y los ojos los tiene abiertos. Me asusto.

Antes de irme corriendo pienso que, si viene el señor cura, el cuerpo de mi padre debería estar cubierto con algo. Intento ponerle la ropa pero no puedo con su peso muerto. Entonces se me ocurre echarle una colcha por encima.

Salgo corriendo primero en busca de la maestra. Es la única persona del pueblo que me respeta. Llego a su casa y mi jadeo es tan grande que tengo que esperar un poco para poder hablar.

Me pregunta:

-¿Pedro que es lo que pasa?

-Mi padre está muerto sobre la cama.

Ella se sobresalta y me dice:

Espera aquí un poco que voy a coger alguna cosa y te acompaño.

Salimos de su casa y casualidad nos ven los muchachos. Hacen bromas pero ni ella, ni yo, contestamos. Vamos derechos a casa. Subimos a la habitación y allí está mi padre con los ojos abiertos y sin parpadear ni moverse. También hay alguna mosca a su alrededor.

Ella dice que hay que avisar al médico y al señor cura. Me voy corriendo en su busca y me encuentro con Ramón que va a trabajar. Es compañero de mi padre en la fábrica. Le digo que mi padre está muerto y me responde que no le extraña, después de haber superado la apuesta de comer, hasta no poder tragar más, que había hecho con el Pedrero, como llaman al otro compañero. Ramón me dice que cuando acabe el turno se pasará por casa.

Aviso al médico. Dice que coge su maletín y va para casa. Sigo corriendo hasta la casa del señor cura. Estará dando la misa en la iglesia. Voy hacia allí y me le encuentro en la puerta de la taberna donde había estado mi padre comiendo con

el Pedrero. La misa ya ha terminado y se viene conmigo a casa. Ya sabía lo de la apuesta y no le sorprende que mi padre esté muerto.

Cuando entramos en casa el médico ya salía de la habitación, había dejado escrito el certificado de defunción. Yo no sabía qué es eso. La maestra me lo explica.

El señor cura da la extremaunción a mi padre. No sé para qué. La maestra me lo explica pero no lo entiendo. Si ya está muerto.

El médico y el señor cura se marchan para sus casas. Ya es noche avanzada. Tengo un gran cansancio y los párpados se me caen. Me siento en un jergón y apoyo la cabeza en el colchón donde mi padre yace. Le pido a la maestra que no me deje solo con mi padre. Ella dice que no me preocupe.

Cuando abro los ojos, creyendo que hacía poco tiempo que los había cerrado, me doy cuenta de que estoy solo con mi padre. Me da mucho miedo. Los rayos de sol entran por la ventana.

La maestra me ha dejado solo, me ha fallado, pero me seguirá llamando Pedro y siendo mi amiga.